

Colón y la mentalidad de fines del siglo XV

Entender el proyecto y el logro de Cristóbal Colón implica comprender su mundo y su momento histórico signado por la búsqueda de nuevas vías para salir de una larga crisis de estructura económica, social e institucional: la agonía del sistema feudal medieval.

Entonces, sólo si se abandona, por un momento, al protagonista y se analizan las fuerzas reales que lo encuadraron se puede llegar a descubrir la relación dialéctica que siempre es posible establecer entre el hombre agente (cualquiera sea su dimensión) y su entorno.

El mundo de los finales del siglo XV era ambiguo y, sin embargo, tenía homogeneidad. ¿Cómo puede ser esto? Convivían las lenguas regionales con el latín, las creencias paganas con las cristianas, así es que tenían pertenencias comunes y usaban las mismas palabras para designar objetos corrientes, voces antiguas y modernas. En la conversación cotidiana convivían vocablos como *sirenas* o *gigantes*, con palabras eruditas como *compás* o *latitud*; mientras que en el imaginario social las fábulas, relatos bíblicos, cuentos o leyendas mantenían un mismo pie de igualdad con historias “verdaderas” y discursos científicos.



Otro aspecto importante de la mentalidad de esta época es la escasa capacidad de abstracción. Por ejemplo, sólo una minúscula fracción de la población europea había visto un mapa alguna vez en su vida; es decir: carecían de la costumbre de pensar *el espacio en conceptos* –capacidad que permite a un viajero relacionar sus impresiones aisladas con el camino, entendido como un todo, y extenderlas imaginativamente a las partes no visibles de la zona que está atravesando–, ninguno podía imaginarse *gráficamente* el país en el que vivía y menos la Tierra. Hasta entonces, la información sobre Asia, África (como, luego, de las Américas) era insignificante, excepto para los que estaban directamente implicados en los viajes de comercio ultramarino. De este modo, a la mayoría de los eruditos humanistas les preocupaba más *redescubrir* el mundo antiguo, por medio de las palabras y el estudio de los textos, que en prestar atención a la posibilidad de uno nuevo.

Este conjunto, aparentemente desordenado y ambiguo, constituía un *patrimonio cultural compartido* por tripulantes, jefes, viajeros; y es justamente en el hecho de compartir *ese* patrimonio donde radica la homogeneidad social del siglo XV.

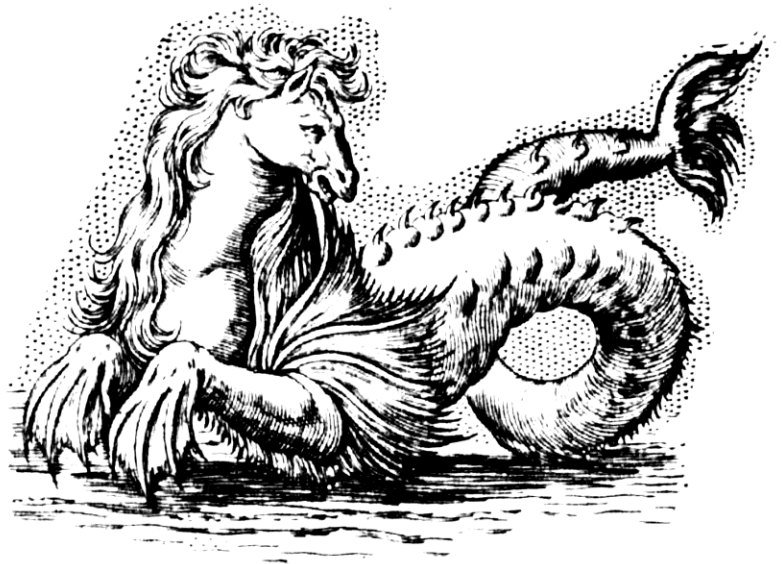
Creencias compartidas

Todos creían en Dios, en su hijo Jesús, nacido de María –que había salvado a los hombres del pecado–, en los santos intercesores, en el Paraíso, en el demonio tentador y en el Infierno de los malvados. Todos conocían las mismas plegarias, realizaban los mismos gestos protectores, participaban de la misa y recibían los sacramentos.

A esas ideas y prácticas religiosas la mayoría agregaba la creencia (hasta el clero mismo lo hacía) en supersticiones, en el poder de las fuerzas ocultas y mágicas emanada de los talismanes, de los conjuros, las invocaciones o de los pactos espurios con el diablo.

El analfabetismo era casi una regla entre marineros, soldados y *pícaros* de los puertos, así como entre los campesinos y plebeyos que se embarcaban con la promesa de prosperidad.

Pero el analfabetismo no impedía que aquella gente del pueblo fuera muy afecta a poner en juego las facultades narrativas e imaginativas, la memoria auditiva y la capacidad natural de transmitir historias “mejorándolas” con fantasías para alimentar tanto sus temores a lo desconocido, a los monstruos del abismo, a las fieras y a los salvajes de las zonas tórridas, como sus ilusiones de hallar el “país de la Jauja” o el “de la Cucaña” en el cual sería posible comer, beber y holgazanear hasta el hartazgo sin la “maldición” bíblica del trabajo.



Quimera, ser fabuloso

Los que sabían leer también hallaban sustento para las mismas creencias.

Por ejemplo, en el *Libro de las Maravillas* (1480) – escrito por un médico de Lieja que nunca viajó– se narran los viajes de un tal Juan Mandeville hacia las tierras de la eterna felicidad donde estaba la fuente de la perenne juventud, el país de El Dorado, de las Amazonas.

También en el libro de los viajes de Marco Polo (1300) el viajero veneciano describió los tesoros del Gran Khan, las maravillas de Catay (China) y del Cipango (Japón).

Y Cristóbal Colón sabía leer...



Portada del Libro de las Maravillas del Mundo de Marco Polo editado en 1503 (la edición original era de 1300)



Jehan de Mandeville
*Libro de las
maravillas del mundo*

Bibliografía

- Baccino Ponce de León, Napoleón. *Maluco (La novela de los descubridores)*. Seix Barral, Barcelona, 1992
- Bajtin, Mijael. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Alianza, Madrid, 1987
- Enciclopedia Salvat, *Monitor*, Salvat Editores, Buenos Aires, 1968, Artículo “Cristóbal Colón”
- *El Fisiólogo (bestiario medieval)*, traduc. Nilda Guglielmi, EUDEBA, Buenos Aires, 1971

- Kirkpatrick, F. A. . *Los conquistadores españoles*, Ediciones Rialp, Madrid, 1999, Cap. I y II.
- Levinas, Marcelo. *Las imágenes del universo (una historia de las ideas del cosmos)*, F. C. E., Buenos Aires, 1996
- Losada, B. *Cristóbal Colón*, Ediciones Rialp, Madrid, 1990
- *Navegación*, Edición Expo Sevilla 92, Sevilla 1992
- Romano, R. y Tenenti, A. *Los fundamentos del mundo moderno. Edad Media tardía, Reforma, Renacimiento*, Madrid, Siglo XXI, 1995
- Romano, R. *Cristóbal Colón, Los hombres de la historia n° 41*, C.E.A.L., Buenos Aires, 1968
- Romero, José Luis. *La revolución burguesa en el mundo feudal*, Sudamericana, Buenos Aires, 1967
- Zaragoza, Gonzalo. *Colón y el descubrimiento*, Anaya, Madrid, 1988